



## Oralidad y memoria en García Márquez

DASSO SALDÍVAR *Escritor colombiano*

---

*Tras los pasos de Gabriel García Márquez, y para concluir con informantes locales su esperada biografía del Premio Nobel, vino a La Habana, en octubre de 1994, el investigador colombiano Dasso Saldívar, ocasión en que la ORCALC le brindó todas las facilidades a su alcance. Al partir nos dejó, como verdadera primicia, un capítulo de su obra, aquel donde revela las ocultas fuentes orales con que se construye el universo de Macondo. El libro ha sido anunciado en Madrid como una de las novedades editoriales para fines del 95, y para **Oralidad** adelantamos hoy una selección de fragmentos.*

La llegada de los Márquez Iguarán a la zona bananera no fue producto del azar, sino de una elección. El abuelo de García Márquez tuvo, por lo menos, tres buenas razones para afincarse finalmente en Aracataca: desde los días finales de la guerra conocía la paz y la fertilidad de sus tierras, tenía allí amigos y ex compañeros de armas, como el general José Rosario Durán, y Aracataca era entonces uno de los centros álgidos de la explotación bananera. Así que, a finales de agosto de 1910, arribó con su familia, su servidumbre y sus numerosos baúles en el tren amarillo que el nieto haría célebre en sus novelas.

Además de sus tres hijos legítimos: Juan de Dios, Margarita y Luisa Santiaga, los Márquez Iguarán llegaron acompañados de Wenefrida Márquez, la hermana del alma del coronel, y de su muy querida prima Francisca Cimodosa Mejía, una de las mujeres que más tarde iban a influir en el niño y luego en el novelista Gabriel García Márquez. La servidumbre estaba compuesta por tres indios que el coronel había comprado por trescientos pesos en La Guajira: Alirio, Apolinar y Remedios, los silenciosos y anónimos protagonistas de *La hojarasca*.

Mientras el éxodo concluía en la tranquila y amplia casa que ocuparon cerca del parque Bolívar -que era entonces el cementerio- la tragedia, sin

embargo, no terminaba, sino que siguió cebándose en la familia: justo a los cuatro meses, Margarita Márquez Iguarán, la hija mayor, moría con veintiún años, de fiebre amarilla. Nacida en Riohacha y crecida en Barrancas, era una joven blanca, de pelo rubio, cuya aura pálida enmarcada por dos trenzas se haría legendaria en la familia y le inspiraría al sobrino, parcialmente, el personaje de Rebeca Buendía. En el patio de la casa creció desde entonces, un jazminero en su memoria, el mismo que iba a sofocar por las noches al pequeño Gabriel mezclándose con los suspiros de los muertos que, según su abuela, deambulaban por los cuartos, y el mismo que, por tanto, entraría en *La hojarasca* como un personaje más.

.....

Como se sabe, en *Cien años de soledad* la fundación de Macondo es producto de un éxodo, que a su vez se produce por la huida de los Buendía ante el acoso del espectro de Prudencio Aguilar. En *La hojarasca*, escrita diecisiete años antes, se ve que los Buendía -o quienes suponemos son ellos, ya que nunca se precisa que la familia protagonista se apellide Buendía- no fundan Macondo, sino que lo ayudan a refundar cuando llegan del otro lado de la Sierra, huyendo de la guerra. Ambas versiones se nutren a partes iguales de la realidad histórico-familiar. Como hemos visto, fueron los abuelos de García Márquez quienes efectivamente llegaron del otro lado de la Sierra para refundar Aracataca, pero no lo hicieron huyendo de la guerra, sino por un motivo parecido al de los Buendía: perseguidos por los familiares del difunto Medardo Pacheco Romero.

.....

Así era. Cuando los Márquez Iguarán sentaban sus reales en "la tierra que nadie les había prometido", durante el año del cometa, la larga y dramática historia de los chimilas no solo era un asunto del pasado, sino del olvido. La nueva Aracataca se erigía en la negación completa de la Aracataca primigenia. Desde el asentamiento de la United Fruit Company en 1905 y la inauguración del tren, seguían llegando en aluviones gente de todo el Caribe, colombianos del interior -los llamados despectivamente *cachacos*-, venezolanos, españoles, franceses, italianos, turcos, sirios, palestinos y prostitutas de la más diversa calaña. De pronto, Aracataca se había convertido en un pueblo de Babel, en la pachanga ancha y ajena de la bonanza, que el tiempo iría desvelando en su esencia encubierta: más una tragedia de efecto retardado que una irrupción exaltada del progreso.

*Todos se convirtieron pues,  
en coroneles a quienes nadie  
les escribía y (...) la mayoría  
murió en la más espantosa  
soledad y miseria*

Lo mismo que en Macondo, el tren lo había traído, pues, todo: el banano y la *hojarasca* (los advenedizos), el progreso y la decadencia.

.....

Otros veteranos de guerra encontraron igualmente refugio en Aracataca como agricultores o artesanos y casi siempre ocupando al mismo tiempo cargos administrativos o políticos en el pueblo. A pesar de la huella de la guerra y aunque unos eran liberales y otros conservadores, fueron grandes amigos y excelentes vecinos. Pero sobre todo fueron hermanos en la espera: semana tras semana esperaron en vano por el resto de sus vidas la pensión de jubilación que el gobierno les había prometido al término de la guerra. Todos se convirtieron pues, en coroneles a quienes nadie les escribía, y como es de suponer que le sucede al personaje de García Márquez, la mayoría murió en la más espantosa soledad y miseria. El mismo escritor, antes de que aquellos fueran sus personajes, no solo fue testigo de su drama cuando era un niño, sino durante los viajes que hizo a la región a comienzo de los años cincuenta, cuando encontró a su pueblo convertido en "una aldea polvorienta, llena de silencio y de muertos" y a "sus viejos coroneles muriéndose en el traspatio, bajo la última mata de banano".

Los esquemas económico, social y cultural de la aristocracia cataquera en que se movían los Márquez Iguarán, serán llevados casi literalmente por García Márquez a sus novelas, especialmente a *Cien años de soledad*, donde los Buendía son su correlato, la referencia obligada de toda la sociedad macondina.

Al igual que en Macondo, al otro lado de la aristocracia estaba el populacho propio y ajeno. En el prólogo liminar de *La hojarasca*, García Márquez describe de forma lírica pero precisa lo que era aquella multitud en fermentación: "Era una hojarasca revuelta, formada por los desperdicios humanos y materiales de otros pueblos, rastros de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil"; era una hojarasca que "todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario, olor de secreción a flor

de piel y de recóndita muerte", y que "en menos de un año arrojó sobre el pueblo los escombros de numerosas catástrofes anteriores a ella misma". El año aludido es, como se anota al pie del mismo monólogo, 1909. Durante ese año, uno antes de que llegaran los Márquez Iguarán, se empezó a consolidar el cosmopolitismo de Aracataca con todas sus consecuencias, siendo el hacinamiento y la relajación de las costumbres, las más notables. El tren seguía vaciando en aumento hombres de la más diversa condición y nacionalidad, con sus esposas y concubinas, sus chivos, cerdos, mulas y gallinas, sus baúles, catres, damajuanas y peroles. Algunos llegaban, incluso, con los huesos de sus antepasados, y hasta los gitanos hicieron su aparición este año con sus carpas y mercaderías, entre las que destacaba una tan exótica como necesaria: el hielo, que adquirían en el puerto de Santa Marta a los barcos de la United Fruit Company.

Un instrumento de abolengo europeo, el acordeón, que había llegado a Colombia a finales del siglo XIX, empezó también su andadura este año en los almacenes de Tadero Hnos., pues, según la tradición, era precisamente en Aracataca donde su mítico intérprete, Francisco Moscote (Francisco el Hombre), terminaba sus recorridos de bohemia.

.....

Como una manera de purificar o contener a la nueva Sodoma, donde además habían empezado a proliferar las prácticas del vudú y la brujería, a ciertos miembros de la aristocracia se les ocurrió la buena idea de pedirle a la diócesis de Santa Marta un sacerdote permanente, y aquella les envió al riohachero Pedro Espejo, el primer cura párroco de Aracataca. Con el mismo ardor y diligencia que empleó el padre Nicanor Reyna para plantar la simiente de Dios en Macondo, el padre Espejo hizo campañas para despertar el sentimiento religioso en las gentes e inculcarles las buenas costumbres. Organizó a la feligresía en congregaciones y creó comités para impulsar la construcción del templo, que duraría más de veinte años. Pero no fue tanto su labor pastoral lo que le granjeó la fama de santo que tuvo durante años en Aracataca, sino el milagro de la levitación: sí, lo mismo que su homólogo macondino, cierto día el padre Espejo se elevó unos centímetros en plena oración durante la misa. La escena la repetirá en *Cien años de soledad* el padre Nicanor Reyes, tomándose una taza de chocolate, y esta es solo una de las tantas anécdotas que protagonizará en buena parte de los libros de García Márquez, pues su apostolado inaugural en tierra de infieles, su gran amistad con los abuelos del

## *Pero no fue tanto su labor pastoral lo que le granjeó la fama de santo que tuvo durante años en Aracataca, sino el milagro de la levitación*

novelista, su consagración posterior como vicario de Santa Marta y su decisiva intervención para que los Márquez Iguarán le permitieran a su hija Luisa casarse con el telegrafista de Aracataca, le iban a asegurar una presencia constante en las ficciones garcía-marquianas, bien como simple cura raso o bien como obispo que se anuncia y nunca llega.

.....

De tal manera que todas estas manifestaciones de un progreso tan alborotado a lo largo de dos décadas no permitían prever a primera vista una decadencia tan irreversible como la que padecería Aracataca a partir de la masacre de las bananeras, en diciembre de 1928. Pero bastaba arañar un poco en el tegumento social para darse cuenta de que la esencia encubierta de dicho progreso era más de tragedia que de bienestar, y que, por tanto, los problemas no se solucionaban

"En las sociedades que conocen la escritura, la tradición oral pasa a ser vía de expresión de las culturas subalternas, a diferencia de lo que sucede en los pueblos ágrafos, donde la tradición oral es, con matices, patrimonio colectivo.

...*Los textos literarios orales dan cuenta de una conciencia colectiva de un sujeto transindividual...* Esos textos hablan de sus valores y necesidades cognoscitivas, de sus comportamientos y prácticas. Sus productos muestran generosamente, incluso sin que el propio Locutor lo sepa, la concepción del mundo, que le es propia."

Celso A. Lira Figueroa  
*Oralidad 5, pp. 28-29*

ni se limaban, sino que se acumulaban. Así, para el año de la masacre, las lacras de desempleo, la pauperización, el hacinamiento, el alcoholismo, la prostitución, la tuberculosis y las enfermedades venéreas, habían alcanzado un grado de contradicción insostenible con la cara bonita del negocio ajeno de las bananeras. Entonces hicieron su aparición en escena los dirigentes sindicales, empujados por los vientos de moda de la madre Rusia, y encendieron la mecha de una huelga que iba a ser tan trágica como memorable, sobre todo porque iba a cautivar la sensibilidad y la imaginación de un niño nacido casi dos años antes.

Lo más perdurable y llamativo de esta trágica huelga no iba a ser su tragicidad misma sino el escamoteo oficial de su estadística de horror: el gobierno solo reconoció nueve muertos, mientras testigos y sobrevivientes hablaron siempre de cientos. La macabra y cínica actitud del régimen conservador de Miguel Abadía Méndez obró como una levadura en la memoria popular, alimentando no solo desde entonces un repudio ancestral y unánime al sistema, sino elevando a tres mil los nueve muertos del parte oficial.

Tal vez nunca se sepa con exactitud el número de muertos, pero con toda seguridad no fueron tan poquitos como nueve, ni tantos como tres mil. Lo más aproximado sería hablar de varios cientos de muertos. Los periódicos nacionales, tras recoger inicialmente el dato oficial, dieron en su día datos muy dispares, pero ninguno bajó del centenar de muertos... Y el propio García Márquez confesaría sesenta y cuatro años después, para acabar de marear la estadística, que "yo crecí con la idea de que habían sido muchos, miles los muertos. Y cuando descubrí que los expedientes tenían como estadística el número siete, yo me pregunté de qué masacre podía hablar para siete muertos. Entonces convertí los racimos de guineos en muertos, y fui llenando los vagones del tren, porque con siete muertos no podía llenarlos. Entonces dije en la novela que habían sido tres mil los muertos de la

*García Márquez suele evocar aquellas tardes de soldados marchando por las calles de Aracataca(...) le gusta precisar que los soldados lo saludaban diciéndole: "Adiós, mono Gabi"*

masacre, y los lancé al mar. Eso jamás existió. Fue un invento". Pero fue un invento del pueblo, y, como siempre, el novelista acertó al transmutar en verdad de ficción la mentira o la exageración de la realidad, pues la aparición de *Cien años de soledad* sacó a flote "la página más bochornosa" de la historia colombiana con su falsa estadística, cuando las versiones oficiales creían haberla tachado para siempre, e instauró en la conciencia de los colombianos la cifra de tres mil de forma incuestionable: desde 1967, la inmensa mayoría de los colombianos empezó a hablar, en efecto, de los tres mil muertos de las bananeras del Magdalena, que es la misma cifra pregonada en Macondo por José Arcadio Buendía, en solitario, hasta su muerte.

Cabe la posibilidad, sin embargo, de que esta cifra no sea solo una exageración vindicativa de la memoria popular, o una hipérbole de la imaginación garcía-marquiana, sobre todo si se tiene en cuenta que, tras la masacre de la estación ferroviaria de Ciénaga el 6 de diciembre de 1928, los soldados del general Carlos Cortés Vargas se dispersaron por Pueblo Viejo, Sevilla, Guacamayal y Aracataca, en un terror continuado de tres meses a todo lo ancho del vasto territorio.

De pronto, en las charlas de familia, García Márquez suele evocar aquellas tardes de soldados marchando por las calles de Aracataca, pasando frente a su casa. Incluso, le gusta precisar que los soldados lo saludaban diciéndole: "Adiós, mono Gabi". Su madre y sus hermanos lo escuchan con un oído cómplice y otro escéptico, pues les parece que es un recuerdo demasiado prematuro para un niño que entonces tendría unos dos años. Lo cierto es que su imagen, unida a los relatos que el abuelo le contó de la masacre, iba a constituir uno de los fermentos más sólidos de su formación ideológica y una de sus obsesiones literarias más firmes. Más aún, corre la anécdota de que el escritor modificó el año de su nacimiento para que coincidiera con el de la huelga. En cualquier caso, es innegable que esta huelga y su final sangriento fue uno de los hechos más trascendentales de la historia colombiana de este siglo, una herida inevitable por donde tenía que sangrar la lenta y encubierta tragedia del fenómeno de las bananeras, marcando indeleblemente la conciencia histórica de un país.

.....

Como se sabe, en *Cien años de soledad* arrecia un diluvio pocas horas después de la matanza de los trabajadores, de un modo que cabría interpretarlo como un castigo celestial que penaliza por igual a las gentes

de Macondo y a la economía bananera. En la realidad, por el contrario, la compañía no solo fue coautora del crimen, sino del castigo. En efecto, durante el mes de octubre de ese año cayó un aguacero diluvial durante varios días y noches, sin parar, que desbordó las aguas de los ríos y de las acequias, inundando toda la zona rural occidental de Aracataca y gran parte de su perímetro urbano, pero el desastre se produjo, sobre todo, por un canal de nueve kilómetros que acababa de construir la United Fruit Company para unir los ríos Aracataca, San Joaquín y Ají. El diluvio y las inundaciones alcanzaron tal magnitud, que los mayores de la región aún recuerdan el caso como si se tratara de una segunda versión del diluvio universal. Como en el *Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo* y en las mismas descripciones de *Cien años de soledad*, el mundo salvaje y doméstico quedaron amasados en un océano de pantano y agua durante días y noches. Fue la mayor catástrofe de la historia del pueblo, superando a otras anteriores, como la inundación de 1912 y la plaga de la langosta de 1914. Por supuesto, no faltaron quienes profirieran el lamento de marras: que todo era castigo del cielo por la soberbia de los gringos, los desmanes de la huelga, el derroche del dinero en las cumbiambas y el exceso pantagruélico en que había estado sumido el pueblo con su corrosiva *hojarasca*.

Mientras esto ocurría, el futuro novelista cumplía cinco años y ocho meses apostado en la casona de sus abuelos, desde donde contempló con fascinación el diluvio y sus efectos, el mismo que, treinta y cuatro años después, volvería a dejar caer sobre Macondo durante "cuatro años, once meses y dos días". ■

